

len por muchos." Maxixcatzin les respondió en nombre del senado, que daban gracias á los señores Totonacas por la noticia y por el consejo, y á los valientes extranjeros por el socorro que se ofrecían á prestarles; mas que se necesitaba algun tiempo para deliberar sobre un punto de tanta importancia: que entretanto se restituyesen á su alojamiento, donde serían tratados con la distincion que correspondía á su nacimiento y á su carácter. Retiráronse los mensajeros y el senado quedó en deliberacion.

Maxixcatzin, que gozaba del aprecio general por su benignidad y por su prudencia, dijo que no se debía desechar aquel consejo, pues lo daban unos amigos tan fieles y tan contrarios al gran enemigo de la república; que aquellos extranjeros, segun lo que de ellos decían los Cempoaltecas, parecían ser los héroes, que segun su tradicion, debían llegar á aquellos países; que los terremotos que poco ántes se habían sentido, el cometa que á la sazón se dejaba ver en el cielo y otros semejantes sucesos de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradicion; que si los extranjeros eran inmortales, en vano sería hacerles resistencia y oponerse á su entrada. "Nuestra oposicion, añadió, podría ocasionar daños gravísimos, y para el rey de México sería motivo de maligno placer, el ver introducidos por fuerza en la república á los que no queremos aceptar de buena voluntad; por todo lo cual es mi opinion que se deben recibir amigablemente." Esta opinion fué acogida con aplauso; pero la contradijo inmediatamente Xicotencatl,¹ anciano de gran autoridad por su larga práctica en los negocios civiles y militares. "Nuestras leyes, dijo, nos mandan dar acogida á los extranjeros; mas no á los enemigos que puedan ser perjudiciales al Estado. Estos hombres, que pretenden entrar en nuestra ciudad, más parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlo en su seno, que dioses bajados del cielo, como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidez el oro y los placeres? ¡Y qué no debemos temer de ellos, en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares! Agravio hace al valor de la nacion quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros. Si son mortales, las almas de los Tlaxcaltecas lo harán ver al mundo, y si son inmortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo y de implorar con el arrepentimiento su perdon. Rechacemos, pues, su demanda, y si quieren entrar por fuerza, sea reprimida con las armas su temeridad." Esta contrariedad de opiniones entre dos personajes de tanto respeto, dividió los ánimos de los otros senadores. Los que eran inclinados al comercio y estaban acostumbrados á la vida pacífica, se agregaron al parecer de Maxixcatzin, y los militares abrazaron el de Xicotencatl. Temiloltecatl, uno de los senadores² sugirió un arbitrio para conciliar ambos dictámenes. Propuso que se enviase al jefe de aquellos extranjeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se diese orden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomites de la república, á cerrarles el paso y á probar sus fuerzas. "Si

¹ Solís atribuye al jóven Xicotencatl el razonamiento de su anciano padre; pero yo doy más crédito á los autores antiguos que estuvieron informados por los mismos Tlaxcaltecas.

² Herrera y Torquemada dicen que Temiloltecatl era uno de los cuatro señores de Tlaxcala; pero de las Memorias de Camargo y de otros Tlaxcaltecas, y aun de lo que dice el mismo Torquemada, se infiere claramente que los cuatro señores eran los que he nombrado en el texto. Quizá podría conciliarse esta anomalía suponiendo que Tlehuexolotzin se llamaba además Temiloltecatl, como tambien tenia el nombre de Tezca-calteuctli; pues sabemos que muchas personas tenían dos y tres nombres.

quedamos vencedores, dijo, será inmortal la gloria de nuestras armas; si somos vencidos, echaremos la culpa á los Otomites, y daremos á entender qué emprendieron la guerra sin nuestra orden." ¹ Artificio político, que se practica muy frecuentemente en el mundo, y especialmente por las naciones cultas, pero no ménos contrario á la buena fé que se deben entre si los hombres. Aceptó el senado el consejo de Temiloltecatl; pero ántes de despedir á los mensajeros con la respuesta, dió á Xicotencatl las órdenes convenientes. Este era un jóven intrépido, enemigo del reposo y aficionado en demasia á la gloria militar; por lo que aceptó con gusto un encargo que le daba ocasion de lucir su esfuerzo y su arrojo.

Cortés, despues de haber aguardado ocho dias la respuesta del senado, creyendo que aquella tardanza seria efecto de la lentitud que suele afectar la majestad de los potentados, y no dudando por esto lo que los Cempoaltecas le decían, que sería bien recibido por los Tlaxcaltecas, salió de Iztacmaxtitlan con todo su ejército, que además de los Totonacas y de los españoles, se componía de un competente número de tropas mexicanas de la guarnicion de Xocotla, y marchó en buen orden, como solía, hasta la muralla, que por aquella parte separaba los Estados de México y Tlaxcala. Esta gran fortaleza, cuya descripcion y medidas he dado, hablando del arte militar de aquellos pueblos, habia sido construida por los Tlaxcaltecas, para defenderse de sus antiguos enemigos por la parte del Levante,² y con el mismo objeto habían hecho fosos y trincheras por la del Poniente. La salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomites, se halló, no sé por qué, enteramente abandonada en aquella importante ocasion; de modo que las tropas españolas entraron sin inconveniente en el territorio de la república, lo que de otro modo no hubieran podido hacer, sin derramar mucha sangre.

Aquel mismo dia, que fué el 31 de Agosto, se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería de descubierta, para tener por ellos algunos datos de la resolucion del senado, fueron muertos dos caballos, heridos otros tres y dos hombres; pérdida ciertamente grande para una caballería tan reducida. Presentóse en seguida una fuerza, que parecia como de cuatro mil hombres, contra los cuales avanzaron los españoles y los aliados, y muy en breve los pusieron en derrota, quedando muertos ochenta Otomites. De allí á poco llegaron dos de los mensajeros cempoaltecas, con algunos Tlaxcaltecas,³ los cuales cumplimentaron á Cortés en nombre del senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedía de ir con su ejército á Tlaxcala, manifestándole al mismo tiempo que las hostilidades cometidas hasta entónces habían sido culpa de los Otomites, y ofreciéndose á pagarle los caballos muertos. Cortés fingió dar crédito á su mensaje y manifestó su gratitud al senado. Los Tlaxcaltecas se despidieron y retiraron del campo sus muertos para quemarlos. Cortés mandó enterrar los dos caballos, para evitar que con su vista se animasen los enemigos á cometer nuevas hostilidades.

¹ Ya he dicho que muchos Otomites se habían refugiado á Tlaxcala para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y que hacían servicios importantes á la república.

² De lo que dijeron los Mexicanos á Cortés acerca de la muralla, podría inferirse que fueron ellos los que la fabricaron; pero no tiene duda que fueron los Tlaxcaltecas.

³ Bernal Díaz dice que los primeros mensajeros cempoaltecas volvieron á Cortés ántes de haber entrado éste en el país de Tlaxcala; pero Cortés afirma lo contrario. En quanto á la relacion de los otros dos que quedaron en Tlaxcala, aunque casi todos los historiadores españoles le han dado fé, es enteramente increíble por las razones dadas en el texto. Robertson hace algunas conjeturas para darle verosimilitud, pero no convencen.

Al día siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas, entre las cuales había unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros cempoaltecas que habían quedado en Tlaxcala, bañados de sudor y de lágrimas y maldiciendo la perfidia y la crueldad de los Tlaxcaltecas; pues violando el derecho de gentes, los habían maltratado y aprisionado, destinándolos para el sacrificio, del que se habían libertado, habiendo tenido la fortuna de poderse desatar uno á otro. Esta relacion era ciertamente falsa; pues era imposible que se libertasen por sí las víctimas, tanto por la estrechez de las jaulas en que las tenían, cuanto por la vigilancia de las guardias que las custodiaban: además, que no había ejemplo de haber faltado los Tlaxcaltecas al respeto debido al carácter de los embajadores, y mucho ménos siendo éstos de una nación tan estrechamente unida con ellos por los vínculos de la amistad. Lo que parece más verosímil es que el senado, despues de haber despedido los primeros mensajeros, entretuvo á los otros dos para despacharlos cuando hubiesen sido probadas las fuerzas de los españoles, y que ellos, impacientes de volver al ejército, se fugaron ocultamente y procuraron justificar su resolucion con aquel pretexto.

GUERRA DE TLAXCALA.

Apénas habían terminado los Cempoaltecas su relacion, cuando se dejó ver una hueste de cerca de mil Tlaxcaltecas, los cuales, luego que descubrieron á los españoles, empezaron á tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, despues de haberles protestado, delante del notario regío del ejército, y por medio de tres prisioneros, que no venía con intenciones hostiles, rogándoles al mismo tiempo que no le tratasen como á enemigo, viendo que sus reconvenciones eran inútiles, dió orden de rechazarlos. Los Tlaxcaltecas se retiraron, atrayendo á los españoles á los barrancos de que he hecho mencion, donde no podían manejar sus caballos y donde los esperaba un gran ejército.¹ Allí se dió un encuentro terrible, en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor orden que pudieron y animados por las exhortaciones y el ejemplo de su general, se desembarazaron de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tan grande estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron á retirarse. De los Tlaxcaltecas hubo un gran número de heridos, y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince gravemente heridos, solo uno murió al día siguiente. En esta ocasion hubo un famoso duelo entre un capitan tlaxcalteca y un noble cempoalteca, de los que habían ido con el mensaje á Tlaxcala. Los dos pelearon bravamente largo rato á vista de ambos ejércitos; mas al fin venció el cempoalteca, que habiendo arrojado al suelo á su contrario, le cortó la cabeza y la llevó en triunfo á los suyos. Celebróse la victoria con aclamaciones y con música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Teoatzincon, es decir, lugar del agua divina.

Aquella noche acampó el ejército español en una colina, en que había una torre á distancia de cerca de diez y ocho millas de la capital de Tlaxcala. Construyéronse barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trinche-

¹ Bernal Diaz dice que el ejército tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres. Cortés creyó que pasaba de cien mil: otros escritores dicen treinta mil. Es difícil conocer á ojo el número de hombres de un ejército, sobre todo, no observando éste el orden de la milicia europea. Por no exponerme á errar, me contento con decir que el ejército era grande.

ras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con aquella república.

Cortés, para obligar con sus hostilidades á los Tlaxcaltecas á recibir la paz y la amistad que les ofrecía, salió el 3 de Setiembre con su caballería, cien peones españoles, cuatrocientos Cempoaltecas y trescientos Mexicanos de la guarnicion de Iztacmaxtitlan: quemó cinco ó seis caseríos vecinos, é hizo cuatrocientos prisioneros, los cuales, despues de haberlos obsequiado y regalado, puso en libertad, encargando á los principales de entre ellos que fueran de su parte á ofrecer la paz á los caudillos de su nacion. Estos fueron en derechura á Xicotencatl el jóven, el cual estaba acampado con un gran ejército á seis millas de distancia de aquella colina. El orgulloso Tlaxcalteca respondió que, si los españoles querian tratar de paz, se encaminasen á la capital, donde serian víctimas consagradas á sus dioses, y sus carnes, manjar de los Tlaxcaltecas; que por su parte, al día siguiente les enviaría una persona con la respuesta decisiva. Esta resolucion, notificada á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tanta consternacion, que pasaron la noche preparándose á la muerte con la confesion sacramental, sin descuidar por esto las precauciones necesarias á su defensa.

Al día siguiente, 5 de Setiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca, no ménos terrible á la vista por su innumerable muchedumbre,¹ que hermoso por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. Dividiase en cinco huestes de diez mil hombres cada una: llevaban éstas sus respectivos estandartes, y á retaguardia, segun el uso de aquellas naciones, venía la insignia comun y principal de la república, que como ya he dicho, era un águila de oro con las alas extendidas. El arrogante Xicotencatl, para dar á entender el poco caso que hacia de los españoles y que no queria vencerlos por hambre, sino con las armas y con el valor, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos á restaurar sus fuerzas para la batalla. De allí á poco destacó dos mil hombres animosos para que asaltasen el campamento de los españoles. Este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo á cuerpo con los españoles. Los Tlaxcaltecas hubieran conseguido la victoria en aquella ocasion, tanto por el número superior de sus tropas, cuanto por su valor y la calidad de sus armas, que eran picas, espadas, y dardos de dos y tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos no hubiera facilitado el triunfo á sus enemigos. El hijo de Chichimeca-teuctli, que mandaba el cuerpo de tropas de su padre,² habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo, que lo desafió á combate singular que decidiese de su valor y de su suerte; y no pudiendo obtener de él aquella satisfaccion, para vengarse de algun modo, retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes, é indujo á Tlehuexolotzin á que hiciera lo mismo. A pesar de tan gran disminucion del ejército, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los españoles, despues de haber rechazado valerosamente las tropas que habían asaltado su cam-

¹ Cortés dice que el ejército tlaxcalteca era de más de 149,000 hombres: Bernal Diaz asegura, como cosa averiguada y sabida, que constaba de 50,000, esto es, 10,000 de Mexicanos; 10,000 de Xicotencatl; 10,000 de Tlehuexolotzin; 10,000 de Chichimeca-teuctli, uno de los señores principales de aquella república; 10,000 de Tecpanecatl, señor de Topoxanco, ciudad considerable de la misma. Estos nombres fueron, sin embargo, muy alterados por aquel escritor. Su cálculo parece verosímil: el que se lee en las Cartas de Cortés pudo ser error de imprenta.

² Solís dice que Chichimeca-teuctli era aliado de la república; pero se engaña, pues sabemos por todos los historiadores que era uno de los principales señores de ella.

pamento, marcharon en orden de batalla contra el cuerpo del ejército tlaxcalteca. Los estragos que hacía en su agolpada muchedumbre la artillería, no bastaban á hacerles volver la espalda, ni impedían que se llenasen prontamente los vacíos que los muertos dejaban; ántes bien, con su firmeza é intrepidez, habian puesto en confusion y derrota á los españoles, no obstante los gritos y reconvenções de Cortés y de sus capitanes. Finalmente, despues de cuatro horas de combate, volvieron victoriosos los españoles á su campo, aunque no cesaron los Tlaxcaltecas de molestarlos en el curso de aquel mismo dia. De los españoles faltó un solo hombre, habiendo sido heridos sesenta, y todos los caballos. Los Tlaxcaltecas tuvieron muchos muertos, pero no se vió un solo cadáver, por la suma diligencia y prontitud con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado Xicotencatl de aquella expedicion, hizo consultar á los adivinos de Tlaxcala, y éstos respondieron que aquellos extranjeros, como hijos que eran del sol, no podian ser vencidos durante el dia; pero cuando llegaba la noche y les faltaba el calor de aquel planeta, les faltaban tambien las fuerzas para defenderse. En virtud de aquel oráculo, resolvió el general dar de noche un asalto al campamento de los españoles. Entretanto Cortés salió de nuevo para hacer hostilidades en los pueblos inmediatos, de los cuales quemó diez, y entre ellos uno de tres mil vecinos, y se volvió con algunos prisioneros.

Xicotencatl, para no errar el golpe que meditaba, quiso informarse de las disposiciones y de las fuerzas del campamento de los enemigos. Envió para esto cincuenta hombres á Cortés, con un regalo, y con expresiones de benevolencia y de urbanidad, encargándoles al mismo tiempo que observasen atentamente la disposicion interior de aquel sitio; mas no pudieron hacerlo con tanto disimulo que no lo echase de ver Teuch, uno de los tres principales cempoaltecas, el cual dió parte inmediatamente á Cortés de sus sospechas. Este general, habiendo llamado aparte á algunos de los mensajeros, los obligó con amenazas á declarar que Xicotencatl pensaba dar el asalto la noche siguiente, y que ellos habian sido enviados para averiguar el punto por donde sería más fácil la entrada. Cortés, oida su confesion, les hizo cortar las manos á todos los cincuenta¹ y los mandó á su jefe, encargándoles hacerle saber que, viniere de dia ó de noche á su campo, le haría conocer que eran españoles; y pareciéndole aquella ocasion favorable para la batalla, ántes que los enemigos estuviesen apercebidos al asalto, salió al anochecer con un buen número de tropas y con sus caballos, á los que hizo poner campanillas en los pretales, y marchó al encuentro de los enemigos, que ya se encaminaban hácia el campamento. La vista del castigo ejecutado en los espías y el ruido de las campanillas en el silencio y en la oscuridad de la noche, inspiraron tanto miedo á los Tlaxcaltecas, que inmediatamente echaron á huir, y el mismo Xicotencatl volvió lleno de confusion y vergüenza á la capital. Tomó de allí ocasion Maxixcatzin para inculcar su primer sentimiento, añadiendo á las razones que ya había expuesto, la experiencia funesta de tantas acciones perdidas; lo que bastó á mover el ánimo de todo el senado á la paz.

¹ Algunos historiadores españoles dicen que á los espías tlaxcaltecas solo los dedos se les cortaron; pero el mismo Cortés asienta que les hizo cortar las manos.

NUEVA EMBAJADA Y REGALOS DE MOTEUCZOMA.

Mientras se ventilaba este negocio en Tlaxcala, se consultaba en México sobre lo que debía hacerse con aquellos extranjeros. Moteuczoma, noticioso de las victorias de los españoles y temiendo su confederacion con los Tlaxcaltecas, llamó al rey de Texcoco, su sobrino; al príncipe Cuitlahuatzin y á otros sus consejeros: les expuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores y les pidió su parecer sobre el partido que le convendría tomar en tan arduas circunstancias. El rey de Texcoco se mantuvo en su primer parecer: esto es, que los extranjeros fuesen magníficamente tratados por donde quiera que pasasen; que fuesen benignamente admitidos en la capital, y se diese oídos á sus proposiciones, como á las de cualquier vasallo, mostrando siempre al rey su superioridad y guardando aquel decoro que convenia á la majestad del trono; que si llegaban á maquinár contra la persona del rey ó contra la seguridad del Estado, se empleasen contra ellos la fuerza y la severidad. El príncipe Cuitlahuatzin repitió lo que había dicho en la otra conferencia: que no era conveniente admitir á los extranjeros en la capital; que se enviase á su jefe un buen regalo, y que se le preguntase qué era lo que deseaba de aquel país para el gran señor en cuyo nombre venia, se le ofreciese la amistad y la buena correspondencia de los Mexicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase á su patria. De los consejeros, unos abrazaron el dictámen del rey de Texcoco y otros el del señor de Iztapalapan, al que se mostró más inclinado Moteuczoma. Este desventurado rey no hallaba por todas partes sino objetos y motivos de temor. La inminente confederacion de los Tlaxcaltecas con los españoles, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte, recelaba de la alianza de Cortés con el príncipe Ixtlilxochitl, su sobrino y su enemigo jurado, el cual, desde que conspiró contra el rey de Texcoco, su hermano, no había dejado las armas y á la sazón se hallaba en Otompan, á la cabeza de un ejército formidable. Aumentaba sus temores la rebelion de algunas provincias que habían seguido el ejemplo de los Totonacas.

Envió, pues, seis embajadores á Cortés con mil trages curiosos de algodón y una buena cantidad de oro y hermosas plumas, encargándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias y le ofreciesen mayores regalos si desistía del viaje á México, representándole las dificultades del camino y otros obstáculos que no podian ser superados fácilmente. Partieron los embajadores con un séquito de más de doscientos hombres, y llegados al campo de los españoles, ejecutaron puntualmente lo que se les había mandado. Cortés los recibió con los honores debidos á su carácter y les manifestó cuán agradecido estaba á la bondad de tan gran monarca; pero los entretuvo con varios pretextos, esperando que se empeñase algun encuentro con los Tlaxcaltecas que acreditase á los Mexicanos el valor de sus tropas y la superioridad de las armas europeas, ó que hecha la paz con la república, fuesen testigos de la severidad con que pensaba reconvenir á los Tlaxcaltecas por su obstinacion. En efecto, no tardó en presentarse la ocasion que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento español con aullidos espantosos y con una tempestad de dardos y flechas. Cortés, á pesar de haber tomado aquel dia un purgante, montó á caballo y salió intrépidamente contra los Tlaxcaltecas, á los que derrotó sin mucho esfuerzo, á vista de los embajadores.

PAZ Y CONFEDERACION CON LOS TLAXCALTECAS.

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Xicotencatl que no convenia á la república la guerra con los españoles, y temiendo además que éstos se aliasen con los Mexicanos, resolvieron de comun acuerdo hacer la paz y tomaron por mediador de ella al mismo que habia sido general en la guerra. Xicotencatl, aunque al principio rehusó aquel encargo, por la vergüenza que tenia del éxito infausto de la campaña, se vió obligado al fin á aceptar la comision. Pasó, pues, al campo de los españoles, con una noble y numerosa comitiva; saludó á Cortés en nombre de toda la república; se excusó de las hostilidades, con el pretexto de haberlo creido aliado de los Mexicanos, tanto por causa de los soberbios regalos que se le habian enviado de México, como por el gran número de gente de aquella nacion que traia consigo; prometió una paz firme y una alianza eterna entre Tlaxcaltecas y españoles, y le presentó un poco de oro y algunas cargas de ropas de algodón, excusando la pequeñez del regalo con la pobreza de su país, efecto de la guerra perpétua con los Mexicanos, que impedian su comercio con las otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostracion de respeto para con Xicotencatl: fingió quedar satisfecho de sus excusas, pero exigió que la paz fuese sincera y durable, pues si llegaban á romperla, tomaria de ellos tan terrible venganza, que serviria de ejemplo á las otras naciones.

Hecha la paz y despedido Xicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa, en accion de gracias al Altísimo. Fácil es de imaginarse el disgusto con que verian los embajadores mexicanos aquel convenio. Quejéronse á Cortés y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito á las promesas de unos hombres tan pérfidos como los Tlaxcaltecas. Decíanle que aquellas apariencias de paz no tenian otro objeto que inspirarle confianza para atraerlo á su capital y hacer allí sin peligro lo que no habian podido conseguir con las armas en el campo; que comparase la conducta del senado con la del rey de México. Los Tlaxcaltecas, despues de haberles concedido pacíficamente el permiso de entrar en su país, no habian cesado de hacer la guerra, hasta que conocieron que sus esfuerzos eran inútiles. Los Mexicanos, por el contrario, no les habian hecho la menor hostilidad, ántes bien les habian prodigado los obsequios y los servicios en todos los pueblos de su territorio á donde habian llegado, y su soberano les habia dado las pruebas más relevantes de amistad y benevolencia. Cortés respondió que no creía hacer daño con aquel tratado á la corte de México, á la cual se manifestaba sumamente reconocido, pues su intencion era tener paz con todos: que por lo demás, no temia á los Tlaxcaltecas, en caso de que quisieran ser sus enemigos; que para él y para los otros españoles, tanto valia ser atacados en los muros de una ciudad, como en medio del campo; tanto de dia, como de noche; que ántes bien, por lo mismo que de los Tlaxcaltecas le decian, queria ir á su ciudad para tomar en ella una estrepitosa venganza de su perfidia.

Muy léjos estaban los Tlaxcaltecas de aquella deslealtad que les imputaban los Mexicanos, porque desde el momento en que el senado decretó la paz, fueron siempre los más fieles aliados de los españoles, como se verá en el discurso de esta Historia. Deseaba el senado tener á Cortés con todo su ejército en Tlaxcala, para estrechar la mútua amistad de ambas naciones y para tratar seriamente de la confederacion contra los Mexicanos; y ya los senadores habian

enviado mensajeros á Cortés, convidándolo á tomar alojamiento en sus casas, pues no podian sufrir que tan ilustres amigos de la república padeciesen la menor incomodidad.

NUEVAS EMBAJADAS.

No fué la alianza de los Tlaxcaltecas el único fruto que los españoles sacaron de sus victorias; pues en el mismo campo en que habian oido á sus embajadores, recibió Cortés á los de la república de Huexotzinco y á los del príncipe Ixtlilxochitl. Los Huexozingos, que habian sido vasallos de la corona de México y enemigos de los Tlaxcaltecas, se habian sustraído al dominio de aquella y confederado con éstos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su ejemplo uniéndose con los españoles. El príncipe Ixtlilxochitl envió embajadores á Cortés, para felicitarlo por sus victorias y para convidarlo á seguir su viaje por Teotlalpan, donde queria unir sus fuerzas con las de los españoles, para hacer la guerra al rey de México. Cortés, despues de haberse informado de la calidad de las pretensiones y de las fuerzas de aquel príncipe, aceptó de buena voluntad su alianza, y se ofreció á colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo volvió de la capital el embajador mexicano que se esperaba, con un presente de joyas de oro, que importaban una suma considerable, y de doscientos preciosos trages de plumas, y con nuevas instancias de Moteuczoma para disuadirlo de su viaje á México y de la alianza con los Tlaxcaltecas: inútiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca; pues el oro que prodigaba en sus regalos á aquellos extranjeros, no era otra cosa que el precio con que compraba las cadenas que en breve debian esclavizarlo.

SUMISION DE TLAXCALA AL REY CATOLICO.

Seis días habian pasado despues de la paz hecha con los Tlaxcaltecas, cuando los cuatro jefes de aquella república, para obligar á Cortés á ir á su capital, se hicieron llevar en sillas portátiles á su campo, con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo y respeto fueron extraordinarias por una y otra parte. Aquel ilustre senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia espontáneamente al rey católico; lo que fué tanto más agradable á los españoles, cuanto más cara era á los Tlaxcaltecas la libertad que de tiempo inmemorial habian gozado. Quejéronse en términos amistosos de la desconfianza del caudillo español, y con sus ruegos lo indujeron á ponerse en camino al día siguiente para Tlaxcala.

Faltaban cincuenta y cinco españoles de los que se habian alistado en Cuba, y la mayor parte de los que quedaban, estaban heridos ó maltratados, y esto causó tanto desaliento en los soldados, que no solo murmuraban del general, sino que le rogaban volviese á Veracruz; pero Cortés los reconvino, y con eficaces razones de honor y con su propio ejemplo de brío y de constancia en los peligros, enardeció sus ánimos y los dispuso á seguir en la empresa comenzada. Contribuyó en gran manera á restablecer sus esperanzas, la alianza que acababa de celebrarse.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALA.

Los embajadores mexicanos, que Cortés tenia aún consigo, rehusaron acompañarlo á Tlaxcala; pero él los persuadió á acompañarlo, prometiéndoles que á